

El proyecto liberal catalán y los imperativos del doble patriotismo

Josep M. Fradera

Universitat Pompeu Fabra

Una de las paradojas fundamentales de la historia catalana del siglo XIX puede plantearse como sigue: la aparición de los rudimentos de lo que será una cultura distintiva se produce precisamente en el momento de mayor identificación con el proyecto nacional español¹. Fue en las décadas centrales del siglo XIX cuando la cultura catalana registró una tensión creciente derivada de su inserción en el marco general español y de determinadas pulsiones que la estaban conduciendo hacia una definición en términos nuevos.

Esta aparente contradicción no planteó excesivos problemas a la historiografía catalana en el pasado. Para la denominada, quizás abusivamente, como romántica, se trataba de una falsa paradoja². La inserción en el marco general español era el resultado de un hado siniestro que se hizo empezar a la carta: final abrupto de la dinastía nacional por culpa de una noche de amor poco mediatada; maniobras castellano-valencianas en el Compromiso de Caspe, maltrato o abandono por parte de Francia o Inglaterra en 1640-1659 o 1714, etc. A partir de ahí, el redescubrimiento decimonónico de una identidad catalana diferenciada era el primer peldaño de la escalera que habría de conducir de la recuperación de la autonomía cultural

¹ Tomo buena parte de los argumentos sobre esta cuestión de mi texto: «La política liberal y el descubrimiento de una identidad distintiva en Cataluña (1835-1865)», de próxima aparición en *Hispania*.

² Una primera aproximación en AAVV, *La historiografía catalana*, Gerona, Quaderns del Cercle, 1990.

y psicológica a la personalidad plena³. Este esquema evolutivo, que pone todo el énfasis en las manifestaciones de «catalanidad» por tenues y marginales que sean, mientras se olvida de las grandes adhesiones y solidaridades interpeninsulares, es el que impregna la historia de la literatura catalana y, por extensión, la de la cultura catalana contemporánea en general. Se trata de un modelo interpretativo que procede por amputación, ya que ésta es la única manera de afirmar simultáneamente la creciente frondosidad del árbol de la patria y el carácter impuesto y, por tanto, epidérmico, del entrelazamiento con el conjunto español y, en consecuencia, con el Estado. Era un *malta* habitual del catalanismo izquierdista catalán de los años setenta que Cataluña era una «nación sin Estado», artificio verbal que no merece ser discutido, pero que encajaba a la perfección en un discurso ya centenario. La idea muy clara al catalanismo más convencional de una Cataluña básicamente autoorganizada como sociedad civil en oposición al Estado, en abusiva y elusiva paráfrasis de la metáfora hegeliana, depende en última instancia de una parecida fundamentación intelectual.

En la década de 1960 el patrón interpretativo romántico-micheletiano que culminó en la *opus magna* de Ferran Soldevila sería revisado⁴. La publicación de *Industrials i polítics* de Jaume Vicens Vives significó un importante viraje interpretativo. Acorde con las tendencias historiográficas del momento, la interpretación del historiador citado se desplazó del lado de los contrastes de desarrollo en España durante el ochocientos⁵. De esta forma, el particularismo catalán de mediados de siglo y el regionalismo de las últimas décadas pasaron a ser percibidos como los epifenómenos lógicos de la frustración de una burguesía industrial encorsetada en una España agraria y mal encajada en el Estado⁶. y el nacionalismo de principios de siglo, en consecuencia, como el lógico corolario de aquellas contraposiciones⁷. Paradójicamente, dada la distancia ideológica que les separaba, la interpretación de Vicens

³ Ésta es la idea contenida en el trabajo de Josep Fontana, «Ciència històrica i consciència catalana», *L'Avenç*, núm. 100, 1987, pp. 70-76.

⁴ Debe recordarse, en este contexto, la intervención de M. BARCELÓ, B. DE RIQUER i E. UCELAY DA CAL, «Sobre la historiografía catalana», *L'Avenç*, núm. 50, 1982, pp. 66-77.

⁵ Una interpretación general de la figura de Vicens en R. GHAI i M. LÓPEZ, «Les directrius de Vicens: empirisme i síntesi històrica», *L'Avenç*, núm. 72, 1984, pp. 76-79.

⁶ La visión de la burguesía catalana de Vicens en «La burguesía catalana del siglo XIX en la obra de Vicens Vives», *Manuscrits*, núm. 3, 1986, pp. 41-76.

⁷ Este argumento lo expuse en su momento en *Cultura nacional en una societal*

ganó fuerza y prestigio con la publicación del gran libro de Pierre Vilar, una magna investigación sobre la génesis del desarrollo del capitalismo en Cataluña, de los fundamentos profundos de la peculiaridad industrial catalana en el conjunto español. La emprendedora burguesía industrial de Vicens reconocía, así, la aportación de sus esforzados abuelos del siglo XVIII, con el resultado añadido de insertar las frustraciones descritas por el historiador gerundense en el esquema clásico marxista del nacionalismo como expresión de las desigualdades del desarrollo económico contemporáneo. Quizá por esta razón, la impronta de la poderosa visión de Vicens sigue latiendo en el corazón transversal de los diversos proyectos catalanistas que se disputan el espacio mayoritario de la política catalana hasta el presente.

Estas páginas no tienen la pretensión de presentar una crítica detallada de las dos interpretaciones que acabamos de mencionar, pero sí se proponen señalar que ambas adolecen de una grave deficiencia, que difícilmente puede subsanarse con retoques de detalle. En pocas palabras: se resienten de haber prestado muy poca atención a las motivaciones, explícitas o implícitas, de los actores en presencia, de los agentes sociales protagonistas de la historia catalana real.

Los catalanes participaron sin vacilación alguna en la definición del primer proyecto nacional español, el que se impone cuando la invasión napoleónica. Es cierto que no todo el patriotismo liberal entendió la definición de cómo debería ser el cuerpo político que reemplazase las instituciones de la Monarquía tradicional de la misma forma. Sabemos, por ejemplo, que los diputados catalanes que pasaron a Cádiz recibieron el encargo de tratar de restablecer el antiguo sistema constitucional de la Corona de Aragón, una forma de dar legitimidad a la nueva situación que se dio por igual en Zaragoza antes de la llegada de Palafox⁸. Quien interpretó mejor la aspiración de recuperar un cierto equilibrio institucional entre los distintos reinos históricos en el marco del espacio nacional fue Antoni de Capmany, con su idea de un modelo liberal y conservador que asumiese las tradiciones políticas de los anti-

dividida. Patriotisme i cultura a Catalunya (1838-1868), Barcelona, Curial edicions catalanes, 1992, p. 113.

⁸ A pesar de que no comparto el conjunto del argumento que el autor sostiene, como se verá seguidamente, es de gran interés el artículo de E. LLUCH, «El liberalisme foralista en el segle XIX», *L'Avenc*, núm. 230, 1998, pp. 14-20.

guos reinos peninsulares ⁹. A estas alturas, sin embargo, parece bastante claro que aquellas propuestas respondían a la lógica setecentista de las primeras formulaciones patrióticas, la de los hombres de la Junta Central, de Jovellanos o de Martínez Marina, con su énfasis whiggiano por el respeto de una supuesta constitución histórica del Reino ¹⁰. O de los reinos, en según qué versiones.

Aquellas posiciones desaparecerán del escenario político español en el curso de la guerra contra los franceses y en los desarrollos posteriores de la revolución liberal en España. En Cataluña ocurrirá lo mismo ¹¹. Las generaciones liberales que participarán en las Cortes del Trienio, en las del Estatuto Real y posteriores no volverán a reivindicar, que se sepa y a falta de estudios más detallados, la conveniencia de organizar el Estado sobre la base de las antiguas instituciones. Al igual que en toda la Península, los liberales catalanes compartieron el impulso unitario general y lo defendieron en las dramáticas contingencias de la Guerra Civil, formando parte sin recelos de la familia liberal española en el marco del mismo proyecto nacional. Frente al partido absolutista, se sentían indiscutiblemente más cerca de los liberales de Málaga o de Zaragoza que de los campesinos de la Montaña catalana que se levantaron en nombre del viejo orden de cosas.

Conviene entender bien aquel momento fundacional. El proyecto liberal español cobra sentido no sólo frente al absolutismo y al carlismo, sino que se define también frente a los restos de la vieja casta gobernante en torno a la Corona, en la medida en que estaba muy estrechamente vinculada a los grupos sociales a los que se arrebató la hegemonía social ¹². En el desplazamiento político de unos grupos por otros en la cúspide del Estado, dos nociones fueron fundamentales. La primera era la de unos imprescriptibles «derechos de propiedad» y de la propiedad, eufemismo de lo que hoy entendemos por «capitalismo», o,

⁹ Consúltese de R. GHAY y M. LÓPEZ. «Antoni de Capmany: el primer model de pensament polític català modern», en A. BALCELLS (ed.), *El pensament polític català modern del segle XVIII a mitjan segle XIX*, Barcelona, Ed. 62, 1988, pp. 13-40.

¹⁰ Sobre esta cuestión, los capítulos finales del excelente libro de Javier VARELA, *Jovellanos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

¹¹ X. ARBÓS, *La idea de nació en el primer constitucionalisme espanyol*, Barcelona, Curial edicions catalanes, 1986.

¹² C. WINDLER, *Élites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y Monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*, Sevilla, Universidad de Córdoba/Universidad de Sevilla, 1997.

dicho de otra manera, el arrinconamiento nítido de todas las restricciones que en lo institucional, jurídico o socialmente determinado limitaban el ascenso imparable de los intereses económicos que iban a prevalecer¹³. La segunda era la idea de «nación española» como el espacio donde ejercer los derechos políticos y disfrutar de los civiles. Dejando para otra ocasión las discusiones recientes sobre el carácter más o menos social del proceso de cambio político en España, no es difícil darse cuenta de cómo una y otra vez, a pesar del aparente naufragio del proceso revolucionario, el pacto entre las distintas burguesías provinciales que pugnan por defender su recién adquirido protagonismo en la vida pública y en la dirección de las instituciones locales y provinciales se impone orientado por aquellos dos ejes programáticos¹⁴. Son ellos los que señalan el derrotero que seguirá, luego, el Estado y la tarea legislativa. En la capital de la Monarquía, la resistencia a desaparecer por parte de la aristocracia palaciega y de los estratos ennoblecidos de la burguesía puede confundirnos al transmitir una falsa sensación de continuidad¹⁵. Sin embargo, el proceso revolucionario se sostuvo y adquirió solidez gracias a los alzamientos y a la lucha política agudísima de distintas ciudades españolas, al cambio de equilibrios de poder que traduce y delata. Entre ellas, Barcelona, Reus y otras poblaciones catalanas ocuparon un lugar de primer orden, en perfecta sintonía con lo que estaba ocurriendo en toda España¹⁶.

En la tesitura de una ruptura política crucial que se realiza en un contexto de enorme violencia política, los grupos dirigentes catalanes compartieron siempre sin reservas el proyecto general español aunque lo interpretasen desde su propia circunstancia. Desde los años del Trienio

¹³ Una interesante valoración de los debates en torno al significado de la revolución en J. MILLÁN, «Liberal revolution und sozialer Wandel im Spanien des 19 Jahrhunderts: Ein Literaturüberblick», *Neue politische Literatur*, núm. 40, 1995, pp. 381-401. Para el cambio del marco institucional de la propiedad, el esquema de P. RUIZ TORRES, «Del antiguo al nuevo régimen: carácter de la transformación», *Antiguo régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 159-192.

¹⁴ Al respecto, las interesantes reflexiones de Isabel Burdiel en «Myths of Failure, Myths of Success: New Perspectives on Nineteenth-Century Spanish Liberalism», *The Journal of Modern History*, núm. 70, diciembre 1998, pp. 892-912.

¹⁵ Ésta es la idea que se desprende del estudio de J. CRUZ, *Gentlemen, Bourgeois and Revolutionaries: Political Change and Cultural Persistence among Spanish Dominant Groups, 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

¹⁶ La mejor descripción y análisis de los acontecimientos de 1834 y 1835 en diversas ciudades españolas en A. M. GARCÍA ROVIRA, *La Revolució liberal a Espanya i les classes populars*, Vic, Eumo editorial, 1989.

liberal imaginaron, por ejemplo, haber sellado un pacto que protegía la mutua dependencia de la agricultura cerealera peninsular y la industria de bienes de consumo que dominaba la vida económica regional ¹⁷. Por otro lado, entendieron que la ruptura con el viejo absolutismo fernandino sellaba su integración en un marco político común en igualdad de condiciones al resto de territorios peninsulares con absoluta independencia de tradiciones políticas particulares, del hecho de haber pertenecido a la parte no castellana de la Monarquía. Por esta razón, ni la antigua tradición política será invocada de nuevo ni las diferencias de lengua o cultura fueron jamás exhibidas como un patrimonio histórico a preservar. Todo lo contrario, el esfuerzo por la integración plena en el conjunto político es realmente destacable, configura un antes y un después con el pasado provincial y la cultura provincialista residual que habían sobrevivido bajo los Borbones.

Esta cesura con el pasado, que tiene sus precedentes en el siglo XVIII, como destacase Pierre Vilar en más de una ocasión, no puede obviarse en el marco de una descripción verosímil de la historia catalana del siglo XIX, ni puede tampoco atribuirse a una pura y simple imposición desde el Estado ¹⁸. Bien al contrario, debe valorarse en lo que significa de construcción consciente y deliberada del proyecto nacional español, marco común en el que concurren los liberales de toda la Monarquía y espacio donde forjar sus alianzas políticas y defender ideas e intereses. Estos momentos de participación decidida en el proyecto nacional español, palabras y actos, no pueden ser borrados del mapa de la materia histórica bajo ningún concepto, ni tampoco disolverse sin más en un discurso historiográfico condicionado por el finalismo de las líneas interpretativas indicadas al inicio. Cientos de textos de exaltación del proyecto nacional compartido, testimonios abundantes de queja por las dificultades encontradas para aquella integración deseada en el marco general, décadas de proyección sobre los grandes ejes de la política a escala peninsular, no pueden ser excluidos del análisis histórico.

La reivindicación del lado oscuro de la política y la vida catalana, el contrapunto de la autoidentificación que conduce al *happy end* de

¹⁷ Estos compromisos de fondo no deberían desaparecer del análisis global, aunque éste se sitúe con preferencia en el plano de lo político. La cuestión fue suscitada en su momento por Josep FONTANA, en *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*, Barcelona, Ariel, 1970.

¹⁸ P. VILAR, «Ocupació i resistència durant la Guerra Gran i en temps de Napoleó» y «Patria i nació en el vocabulari de la Guerra contra Napoleó», *Assaigs sobre la Catalunya del segle XVIII*, Barcelona, Curial, 1973, pp. 93-131 y 133-171.

integración nacionalista de la sociedad catalana en el siglo XX, es, en consecuencia, un problema de respeto por los textos y por la totalidad del proceso histórico. Pero es bastante más, ya que sólo en el marco general español adquieren sentido determinados desarrollos que dotan a la construcción nacional española en Cataluña de una complejidad especial. Y esta complejidad no puede ser entendida, por lo menos en *prima ratio*, como una manifestación de nacionalismo o de protonacionalismo catalán sino como la forma histórica que tomó en Cataluña la construcción del proyecto nacional español y la participación de los catalanes en la vida del Estado.

Desde este punto de vista, muy alejado de la ortodoxia local sobre el asunto, podemos identificar tres factores de lectura particular del proceso de construcción nacional española desde Cataluña en el siglo XIX. Sin orden de prelación cronológica, el primero y más obvio se refiere a las continuadas tensiones entre las necesidades derivadas del carácter altamente industrializado del Principado y los intereses y visiones que prevalecen en el Estado. No tendría ningún sentido, en nombre de una mal entendida aversión al determinismo economicista, obviar del análisis el peso enorme que la defensa de los intereses industriales catalanes tuvo en el desarrollo de la conciencia de grupo de sus estratos dirigentes. Este factor no puede ser reducido a las meras reivindicaciones proteccionistas, puesto que en la formación del industrialismo catalán decimonónico influyeron también otros factores menos aparentes pero tanto o más importantes ¹⁹. Por ejemplo, una idea muy particular de la política de orden público idónea en un medio donde la industria condicionaba unas relaciones de clase muy complejas. O la preocupación, nada filantrópica, por los efectos de la vacilante política social de los gobiernos de la Restauración, en las dos últimas décadas del siglo.

Un segundo orden de factores correspondió a la creciente incomodidad de ciertos sectores de los grupos dirigentes catalanes, y no sólo de ellos, en relación al modelo de Estado que habían contribuido a edificar ²⁰. Esto es cierto, pero debe evaluarse junto a la larga fidelidad

¹⁹ El libro de Miguel IZARD, *Manufactureros, industriales y revolucionarios*, Barcelona, Crítica, 1979, sugiere otras líneas de confrontación entre industriales y Estado, a pesar de concentrar buena parte del análisis en torno a la lucha contra el arancel Figuerola.

²⁰ Elementos de interés para acercarse a este problema, en el caso que nos ocupa, en la importante monografía de M. RISQUES CORBELLA, *El govern civil de Barcelona al segle* 171, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

institucional de las oligarquías locales que se ampararon de municipios, diputaciones y de la representación de las cuatro provincias catalanas en los partidos monárquicos de la etapa isabelina y canovista. A su lado emergió, aunque sin romper jamás la baraja, un descontento sostenido y profundo en relación a la bondad del modelo estatal tan altamente centralizado y militarizado. Este descontento larvado, que en su día estudió el profesor BOLJA de Riquer, se prolongó sin solución de continuidad hasta el siglo XX y, como es notorio, estuvo en la base de los proyectos de autogobierno regional del nacionalismo catalán de principios de siglo 21.

Esta línea de desarrollo muy específicamente derivada de las expectativas de los grupos dirigentes regionales no puede confundirse, sin embargo, con la larga tradición de oposición democratizante al modelo estatal moderado 22. Ya en los años de la revolución liberal se desarrolló una concepción distinta de cómo organizar el Estado partiendo de unidades menores, fuesen los municipios o las antiguas unidades de base histórica. Este proyecto político, que culmina en la democracia federal pimargalliana, respondía a un ideal democrático del todo opuesto al modelo de organización piramidal del poder que se impuso en 1845 y recogía, además, la experiencia histórica insurreccional que llevó al liberalismo al poder. Pero al igual que aquél, o la idea descentralizadora que los conservadores catalanes se atreven a insinuar, el federalismo republicano cobraba sentido, en el marco del proyecto nacional español y del patriotismo compartido, que constituye su condición de posibilidad 23.

El tercer factor fue el de mayor calado por sus consecuencias de futuro. Me refiero a los desarrollos culturales que se orientaron hacia la definición de una identidad catalana distintiva y claramente separada de la herencia cultural provincialista del siglo XVII. Los fermentos para

²¹ B. M. RIQUER, «El eonservadorisme polític català: del fracàs del moderantisme al desencís de la Restauració», *Recerques*, núm. 11, 1981, pp. 29-80.

²² A. ELOHZA, «La primera democracia federal: organización e ideología», en J. J. TRÍAS y A. ELOHZA, *Federalismo y reforma social en España (1840-1870)*, Madrid, Seminarios y Ediciones, S. A., 1976, A. M. GARCÍA ROVIHA, «Los proyectos de España en la revolución liberal. Federalistas y centralistas ante la inserción de Cataluña en España (1835-1837)» (trabajo inédito que he podido consultar gracias a la amabilidad de la autora).

²³ Sobre el republicanismo federal, de P. GABRIEL, «Catalanisme i republicanisme federal del Vuitcens», en *El catalanisme d'esquerres*, Girona, Quaderns del Cerele, 1997, pp. 31-82.

este tipo de construcciones eran muy diversos y deben ser identificados cuidadosamente. Contribuyó a ello la masiva recuperación de conciencia histórica despertada por el ideario mismo del liberalismo decimonónico en su momento revolucionario, tanto en Cataluña como en el resto de España²⁴. Aunque personajes tan dispares como Jaume Balmes y Pere Mata sostuvieran que nada recordaban los catalanes de sus pasadas instituciones, la mirada hacia atrás a la busca de un pasado de libertades aplastadas por los Borbones contribuyó, en no poca medida, a la recuperación de los episodios de la historia catalana y a la recreación de una mitología histórica muy distinta de la tradición erudita setecentista²⁵. El ejemplo más alto de esta recuperación liberal y presentista del pasado catalán se encuentra, sin duda, en la actividad política y cultural de Víctor Balaguer, con su esfuerzo por fundir una mitificada libertad medieval catalana con el proyecto liberal de su tiempo²⁶.

En paralelo a estos procesos de recuperación de un pasado idealizado de lucha por las libertades, vinculados muy estrechamente a la ideología insurreccional (*bullanguera*, si se quiere) de la Barcelona de los años treinta y cuarenta, fue tomando cuerpo una nueva forma de nostalgia por el pasado, en términos que, a medio plazo, apuntaban en otra dirección. Ya durante los años de cambio político, un conjunto de literatos identificados con el liberalismo revolucionario de los primeros años, darán cuerpo a una visión del mundo y de su sociedad densamente cargada de nostalgia por el pasado, de resignado retorno a la religión de los padres y de mitificada visión de un mundo campesino recreado *ad hac*. Esta quiebra de la conciencia liberal, que condujo a los *chefs de file* de su generación, Manuel Milà i Fontanals y Pau Piferrer, a una creciente desconfianza en el potencial liberador de la ruptura revolucionaria en curso, es parangonable a lo sucedido en otros países²⁷. Lo importante de este episodio, con todo, es que de aquel viraje resultaron

²⁴ Desarrollé esta cuestión en «Passat i identitat: la guerra de Successió en la política i la literatura del segle XIX català», en *La commemoració de l'onze de setembre a Barcelona*, Barcelona, Ayuntamiento de Barcelona, 1994, pp. 117-124.

²⁵ I. M. FRADERA, *Jaume Balmes. Els Jonarnents racionals d'una política catòlica*, Vic, Eumo editorial, 1995, pp. 197 y ss.

²⁶ Contribuciones para un mejor conocimiento de Balaguer, de E. MIRALLES, M. CUCCI, I. M. FRADERA, J. PALOMAS, R. ROCA Y P. SANTVICENS, en *El Segle Romàntic. Actes del Col·loqui sobre el Romanticisme*, editado por M. JOHIA, A. TAYADELLA Y M. COMAS, Vilanova, Biblioteca-Museu Balaguer, 1997.

²⁷ Sobre la contribución de estos dos personajes a la definición de las pautas esenciales del movimiento pueden consultarse los trabajos biográficos de M. JORBA,

los fundamentos ideológicos de la *Renaiença*. Ésta se constituyó como un movimiento de recuperación, programáticamente orientada, del pasado medieval catalán, de mitificación de valores ancestrales y de una ambigua querencia por la lengua autóctona, todo ello en el marco de una cosmovisión altamente conservadora, en la cual la deferencia por la jerarquía familiar, sexual y social daban sentido a la mirada hacia atrás²⁸. Cómo esta visión antimoderna y con importantes matices antiindustrialistas tomó forma en una sociedad tan fuertemente dominada por los intereses de la industria es una de las paradojas cruciales del siglo XIX catalán, pero una paradoja que puede ser razonada y explicada²⁹.

Los textos de los *renaiementistes*, con su recreación elegíaca del pasado catalán y su mitificación de las bondades de la vida campesina, dibujaban con precisión milimétrica una imagen de la sociedad catalana en términos de evidente contraposición a las realidades del momento. En la convulsa Cataluña de la guerra civil y de las *bullangas* urbanas, el énfasis en los valores de respeto a la tradición, de deferencia hacia el pasado y los poderes sociales heredados, expresaba los miedos, las insatisfacciones y las dudas de sus grupos dirigentes. Exaltaba, al mismo tiempo, unos valores en los que aquéllos podían, o querían, reconocerse; pero éstos no eran, en modo alguno, los de una clase dirigente orgullosa de su poder, de su dominio sobre el mundo, como se desprende de la interpretación de Vicens antes mencionada. Al contrario, su visión arcaizante expresada su idea de lo que era y debería ser la sociedad catalana. Por esta razón, una literatura y un pensamiento histórico tan alejados de las convenciones de la modernidad encontraron eco y protección institucional en una sociedad en proceso de tan rápida transformación como la barcelonesa y catalana de entonces.

La destilación de una identidad catalana distintiva, dentro de la cual la utilización del *stock* de evocación histórica, lingüística, de costumbres y rituales, caía por su peso, se articuló de modo muy obvio en el marco de una estructura que me atreví a llamar de «doble patriotismo» español y catalán, de patriotismos compartidos³⁰. Mientras el

Manuel *Milà* i *Fonlanals i la seva època*, Barcelona, Curial edicions catalanes. 1991; R. CARNICER, *Vida y obra de Pablo Piferrer*, Madrid. CSIC, 1963.

²⁸ Sobre los usos del catalán en el siglo XIX. P. ÀNGUERA, *El català al segle XIX. De llengua del poble a llenglla nacional*. Barcelona, Empúries, 1997.

²⁹ Traté de explicarla en el libro citado en la nota 7.

³⁰ *Cultura nacional en una societat dividida...* p. 125.

primero expresaba la profunda inserción de los grupos dirigentes catalanes, y, por lo general, de todo el espectro liberal, en el marco del espacio político español; el segundo expresaba las tensiones internas del propio entorno y exorcizaba males sociales percibidos en la propia familia. No entraban en competencia, ya que expresaban y daban forma a necesidades e impulsos distintos y diferenciados.

Si hasta la Revolución liberal el proyecto nacional español expresó básicamente el pacto entre los distintos grupos dirigentes a escala local y provincial, así como la aspiración común a todos los liberales por encima de las diferencias de ideario social, a mediados del siglo XIX la forma cómo el proyecto general español podía ser leído y pensado desde Cataluña se desarrollará conforme a sus propias peculiaridades. Vistas las cosas así, testimonios textuales aparentemente contradictorios toman sentido. No obstante, la historiografía catalana de orientación nacionalista no puede ver la peculiaridad de la política y la cultura catalanas decimonónicas más que como antecedentes del nacionalismo, como proyección retrospectiva de la interpretación del pasado del propio sujeto. Y la española tampoco puede aceptar, por motivaciones idénticas, otra lectura del proyecto general que no entienda cualquier matiz diferencial como expresión de los llamados eufemísticamente nacionalismos periféricos, como la negación en potencia o en acto de la implicación en el proyecto general. Una y otra interpretaciones imponen, en definitiva, visiones anacrónicas a desarrollos que deben leerse en su momento y en sus coordenadas específicas.

La peculiaridad de la historia catalana del siglo XIX derivó, en definitiva y avanzando un paso más, de las diversas pulsiones que pugnaban en el interior de una sociedad con características muy diferenciadas de las del marco estatal en el que estaba inserta, pero de pulsiones que la habían conducido por su precoz carácter moderno precisamente a implicarse de manera decidida en la construcción del proyecto nacional español. El esquema que he tratado de exponer no puede sustituir, con todo, al análisis histórico del comportamiento de los agentes sociales concernidos, a los que debería estudiarse tanto por lo que expresaban como por lo que hacían, parafraseando la conocida expresión de Marx. Sí pueden extraerse algunas conclusiones que permitan, cuanto menos, rehacer los esquemas interpretativos mencionados al principio.

La primera conclusión se desprende, por supuesto, de lo dicho hasta aquí. En el siglo XIX, o por lo menos hasta sus últimas décadas, no hay proyectos nacionalistas catalanes en oposición al español. Hay lec-

turas catalanas, eso sí, del proyecto nacional español. Todas ellas se mueven en el espacio del doble patriotismo, aunque las formas que adoptan son muy variadas en el caso de las distintas tradiciones político-culturales que compiten entre sí en el espacio público regional. La tarea del historiador deberá ser restablecer esta complejidad de lecturas interrelacionadas y cambiantes a lo largo del siglo, no simplificar la ambigüedad de la inserción en un proyecto general compartido.

Las lecturas catalanas del proyecto español incluían la afirmación del orgullo catalán por parte de sus sustentadores. No podía ser de otra manera. Ésta podría ser la segunda de las conclusiones, aunque debe ser comprendida en su justa medida. Algunas de las más contundentes de estas manifestaciones de orgullo, la de Joan Cortada en *Cataluña y los catalanes* por ejemplo, fueron escritas y publicadas para denunciar las dificultades que encontró la participación catalana en el espacio común de la nación española³¹. Otras, como los muy conocidos artículos de Mañé y Flaquer, para protestar por el trato desconsiderado y arbitrario de las autoridades militares o del gobierno de Madrid³². Ser sujetos activos de la política española implicó *per se* algún tipo de identificación con el patriotismo general, pero no el olvido de la propia historia o el despojamiento de las características definitorias del catalán «antropológico». Son cosas distintas aunque no separadas, pero que en ningún caso pueden ser confundidas. El caso del general Prim, con su precario dominio del español hablado y escrito, es muy ilustrativo al respecto, y lo es también de la complejidad de la conexión entre la política catalana y la española, hecho que explica el oscurecimiento de su figura desde ambos lados.

La negativa intelectual española a aceptar la posibilidad de una lectura distinta del patriotismo compartido condujo, en el pasado, a identificar las manifestaciones de la peculiar estructura de la política catalana con los precedentes del nacionalismo político del cambio de siglo. De modo inverso, el esquema interpretativo divulgado, más que desarrollado conforme a pautas convencionales, por Josep Termes, ha hecho de esta confusión, norma³³. Pero es hora de poner cada cosa

³¹ De Albert GANIBÉ: Joan Cortada: *Catalunya i els catalans del segle XIX*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1995.

³² Los artículos de Mañé y Flaquer de 1857 fueron publicados por J. MOLAS, M. JOBILA y A. TAYADELLA, en *La Renaixença. Fonts per al seu estudi, 1815-1877*, Barcelona, Universitat de Barcelona y Universitat Autònoma de Barcelona, 1984, pp. 146-180.

³³ J. TERMES, *La inmigració a Catalunya i altres estudis d'història del nacionalisme català*, Barcelona, Empúries, 1984.

en su lugar, de establecer una jerarquía de problemas históricos que sea identificable teóricamente y observable a través de la investigación. Ésta podría ser la tercera conclusión.

Resta una cuarta. Cualquier reconstrucción de la historia catalana del siglo XIX deberá rehacer a fondo las particularidades del doble patriotismo que impregnó las diversas culturas políticas vigentes. Las contradicciones derivadas de la densidad industrial de la región y la problemática funcionalidad del sistema político e institucional del Estado para integrar las complejidades de la política catalana (región al mismo tiempo densamente manufacturera, pero con bolsas rurales donde la defección antiliberal se prolongó hasta muy entrado el siglo), deberán ser analizadas por su incidencia sobre los agentes sociales en cada una de las coyunturas³⁴. No obstante, las recreaciones de una identidad distintiva no derivaban tan sólo del punto de intersección entre las dinámicas regionales y el Estado o el marco general español, sino que nacían también de las propias contradicciones internas de la sociedad catalana, como ya se ha indicado. Quizá sería más reconfortante sostener lo contrario, pero el nacionalismo no puede ser identificado, sin más, con el conflicto con el enemigo que acecha tras las fronteras, aunque se trate de fronteras imaginarias. ¿Cómo si no podríamos comprender el sentido último de la conversión del hexágono borbónico en patria de los franceses? El nacionalismo es, en lo fundamental, un marco de socialización política y cultural, que, en consecuencia, puede producirse en el contexto de proyectos de inclusión más amplios.

Las consideraciones desarrolladas hasta aquí no conducen en línea recta a ninguna conclusión definitiva, quizá tan sólo a exponer un cierto esquema que trate de ver el mundo del siglo XIX al margen de cualquier esencialismo. Un esquema que partiría de la constatación de cómo las pulsiones antes mencionadas empujaron hacia la «regionalización» de la política catalana. Y destacaría, a continuación, su correlato de imparable interacción con la creciente movilización del *stock* diferencial manipulado por los *renaixentistes* y otras expresiones diferenciales que derivaban, lisa y llanamente, de la sociabilidad popular «tradicional». Todo ello en el marco de formas de integración política dominadas por la pluralidad de formas del «doble patriotismo», en tercer lugar

³⁴ Sobre el carlismo catalán, de J. CANAL, *El carlisme català dins l'Espanya de la Restauració. Un assaig de modernització política (1876-1895)*, Vic, Eumo editorial, 1998. Una concisa síntesis general en Pere ANGUERA, *El carlisme*, Barcelona, Empúries, 1999.

y cerrando el esquema. Hasta fines del siglo XIX, las transacciones entre los diversos planos no rompieron, ni pretendían hacerlo, el pacto fundacional de la política liberal a escala española. Es cierto, sin embargo, que la solidaridad intra-española pierde peso a medida que nos acercamos al fin de siglo. El tema desborda de largo las pretensiones de esta comunicación, pero debe reconocerse que el sentido último de la radicalización de sectores de la intelectualidad catalana y de amplios estratos de las clases medias que condujo de forma directa a las formulaciones explícitamente nacionalistas del cambio de siglo no ha sido estudiado aún de forma convincente. Pero, ciertamente, el agotamiento de las formas de «doble patriotismo» que dominaron la política y la cultura liberal catalanas durante el siglo XIX es un punto fundamental de esta historia, como lo es la continuidad de muchos de sus imperativos hasta 1939, por lo menos. Pero si el siglo XIX no puede ser leído con la mirada del nacionalismo catalán del XX, la convulsa historia del nuestro probablemente tampoco.